

**DISCURSO DEL CJE EN LA CEREMONIA DEL 229° ANIVERSARIO  
DEL NATALICIO DEL LIBERTADOR GENERAL  
DON BERNARDO O'HIGGINS RIQUELME**

Chillán, 20 de agosto de 2007.

Al celebrarse hoy el bicentésimo vigésimo noveno aniversario del natalicio del Padre de la Patria, Libertador General Don Bernardo O'Higgins Riquelme, es un alto honor para el comandante en jefe del Ejército chileno disponer de esta tradicional tribuna para rendir un homenaje a nuestro prócer y reflexionar acerca de su vida, sus virtudes, su ejemplo, y de cómo aún su pensamiento político y de estadista continúa vigente, para señalarnos caminos de unidad nacional y de integración vecinal y regional.

En este sentido, quisiera hoy destacar, al inicio de mi alocución, un hecho que nos produce gran satisfacción y constituye una nueva señal, que confirma la excelente relación de amistad, confianza y cooperación internacional castrense con una nación vecina. Nos acompaña y honra con su presencia el Jefe del Estado Mayor General del Ejército Argentino, Teniente General Roberto Fernando Bendini. El General Bendini, en su calidad de jefe del Ejército del país hermano, ha accedido a una invitación oficial de nuestra institución, así como a participar de esta ceremonia conmemorativa.

Apreciamos y valoramos su gesto y el claro y auspicioso mensaje que su presencia sugiere. Mucho hemos avanzado en la consolidación de los vínculos profesionales. La historia reciente de esta dinámica relación es sorprendente: intercambio de alumnos en cada ejército, variados ejercicios binacionales en

territorio de ambos países; participación conjunta en Chipre y la creación de la Fuerza Combinada Chileno–Argentina, “Cruz del Sur” –para operar en misiones de paz, bajo el mandato de las NN.UU.–, nos hablan de un decidido interés político y militar para fortalecer este vínculo y llevarlo a un estadio mayor de asociación.

El camino está trazado. Él lleva a la mantención de la paz, a la concordia, y al aprovechamiento fructífero de las fuerzas militares en bien de la estabilidad de la región; o donde sean necesarias, conforme lo determinen nuestros gobiernos en sus políticas de estado.

Señoras y señores:

Esta mañana la capital de la patria se traslada a Chillán Viejo, lugar de nacimiento del prócer, el 20 de agosto de 1778. Hasta esta ciudad han llegado las más altas autoridades del país y de los poderes del Estado, presididas por S.E. la Presidenta de la República, Sra. Michelle Bachelet Jeria. Todos unidos con el único fin de detener momentáneamente nuestros trabajos y responsabilidades para ser expresión unívoca del reconocimiento al insigne soldado y fundador de la república.

Desde este estrado se nos permite elevarnos virtualmente para contemplar a todo Chile y también a la América que él contribuyó a liberar. Porque O’Higgins, aunque fue un cabal patriota, mantuvo siempre su mirada más allá de las fronteras de su país; su visión integracionista no estuvo jamás en duda. Ese mismo idealismo fue causa de muchas críticas internas para él.

Resaltaré en esta intervención los que a mi juicio pueden ser los aspectos más relevantes de la vida del prócer, entre los que destacan su acendrado amor a Chile y particularmente su espíritu americanista, el que fue reconocido en su tiempo al dársele los títulos de Brigadier del Ejército de las Provincias Unidas del Río de la Plata, General del Ejército de la Gran Colombia y Gran Mariscal del Perú.

Es indiscutible la decisiva obra del Libertador General Don Bernardo O'Higgins en el proceso de independencia y posterior institucionalización del Estado de Chile. Le correspondió una tarea titánica en un momento en que la necesidad de crear y organizar una república alcanzaba a todos los ámbitos del país, incluso cuando la gran mayoría no tenía claro que los conceptos de libertad serían beneficiosos para el futuro de este pueblo.

Cuando el Padre de la Patria se decide a luchar por la causa emancipadora tiene presente que se vivirían circunstancias que obligarían a grandes sacrificios, para lo cual se necesitaba un amplio respaldo nacional y, además, era necesario dotar al naciente Estado de un ordenamiento jurídico que permitiera desarrollar la idea de independencia en orden y en paz; única forma de consolidar la emancipación. O'Higgins enfrenta el proceso abordando con todo su esfuerzo los grandes desafíos que harían cambiar la situación imperante.

En estas circunstancias Chile vivió momentos de angustia e incertidumbre. Cuando muere la Patria Vieja, con el desastre de Rancagua, en octubre de 1814, el tesón de muchos patriotas los lleva al otro lado de los Andes para organizar la reconquista de nuestro territorio. En esta titánica labor, O'Higgins se eleva con dimensiones insospechadas. Para ello, el apoyo que encontró en el General José de San Martín –a la sazón gobernador de Cuyo– fue

decisivo para su objetivo estratégico. Con San Martín, además, forjaría una indisoluble amistad, que los acompañaría el resto de sus días.

Su decisión de continuar la lucha, aún en la adversidad, se desarrolla en un marco estratégico muy complejo. Las Provincias Unidas del Río de la Plata eran el único territorio que todavía no había vuelto a ser sometido por los realistas. En el Alto Perú –la actual Bolivia– los patriotas habían sido derrotados en Sipe Sipe, lo cual dejaba abierta la ruta para que las fuerzas realistas cayeran directamente desde el norte sobre el centro de Argentina.

En este contexto, la preparación del Ejército de los Andes conllevaba un esfuerzo de enormes proporciones, debido a la escasez de recursos y a las grandes dificultades administrativas y logísticas, lo que produjo desafíos que demandaron energías extraordinarias para superarlos; los que sólo se verían compensados posteriormente con el triunfo de las armas patriotas.

Durante la epopeya del paso de los Andes, y luego en Chacabuco, Cancha Rayada y en la trascendental batalla de Maipú, se acrecienta el espíritu de sacrificio y de entrega de O'Higgins, y de muchos patriotas que participaron en esta magna empresa emancipadora, la cual en un principio sólo tenía esperanzas de éxito en sus propias mentes, pues su consecución era extremadamente difícil.

Si nos remontamos a la historia de nuestros pueblos podemos observar que, así como a las personas, a los países también les toca vivir etapas críticas. En este desafío sólo se levanta indemne el que logra salvaguardar los grandes intereses nacionales por sobre los objetivos personales. Es por eso que el espíritu que animó

a Bernardo O'Higgins permitió asentar las bases para una paz verdadera, a pesar del continuo esfuerzo de los realistas, para permitir el regreso del poder peninsular.

Difícil tarea la de seguir con las ideas de libertad y progreso, más aún cuando las arcas nacionales estaban exhaustas, la situación productiva era caótica y se debía pensar en cómo desarrollar políticas públicas, en un país que recién se estaba formando y que necesitaba consolidarse.

Durante este proceso es cuando O'Higgins experimenta profundos cambios en su pensamiento, a raíz de las experiencias del pasado, entre las que se cuentan la falta de unidad en la conducción de los esfuerzos independentistas, la inoperancia del Primer Congreso en Chile, el caudillismo, la inseguridad y el desgobierno. Estas situaciones son de tal nivel que, incluso, llevan a los patriotas a un desengaño sobre las bondades del ejercicio popular de la soberanía. Dentro de este escenario Bernardo O'Higgins observa que todo signo de anarquía es grave, pues deviene en fuente de división y pérdida de la libertad.

El profundo interés del prócer por el futuro de Chile se patentiza en la visión que tuvo de la necesidad de emprender el establecimiento de un nuevo Estado con bases sólidas, donde la soberanía nacional debía estar profundamente arraigada en el concepto de unidad territorial, pues era de primordial importancia hacer sentir a todos los chilenos una sensación de la patria única. Era fundamental fundir en el corazón y la mente de los criollos, así como en la de los mestizos, mapuches y pehuenches, el afán de un destino común.

Por esto O'Higgins realiza grandes esfuerzos para imbuir de estos sentimientos a un pueblo que nacía a la libertad. Era necesario sembrar la semilla

de la unidad en esta difícil conformación humana, con poco o nada sentido de país. Así, destaca su permanente preocupación por el carácter legalista del gobierno. Era por lo tanto imperativo que la sociedad que se estaba formando contara con claras normas relacionadas con lo que a cada cual le correspondía asumir como integrante de esta nación en ciernes, la que además todavía tenía ciertas partes de su territorio bajo control realista.

Era imprescindible consolidar la independencia con espíritu de sacrificio, unión y solidaridad ante el desafío común. En ese contexto, la falta de compromiso con la Patria y la agitación pública no se podían tolerar. Este fue un punto en el cual O'Higgins insistió desde el momento en que el Ejército de los Andes entró en Chile, en febrero de 1817. En su primera proclama estableció: ***“El orden va a restablecerse con la libertad”***.

Para el Director Supremo era indispensable lograr una constitución que expusiera claramente el sentido nacional y donde quedaran reflejados no sólo los derechos de los ciudadanos, sino que también cuáles eran sus deberes.

Pero este esfuerzo no tendría ningún significado si no se consolidaba la independencia; y esta tarea debía contar con un entorno internacional que le permitiera asegurar para siempre la libertad. Era por lo tanto fundamental liberar al Perú; y para eso se centraron los esfuerzos y se organizó una expedición libertadora. ¿Nos podemos imaginar el costo que significó concretar esta obra en una República incipiente que, además, había sufrido recién el peso y el desgaste de la guerra?

Esta fue una tarea gigantesca. La preparación de la Expedición Libertadora, con toda su complejidad administrativa y logística, obligó a superar enormes obstáculos; y de toda índole. A O'Higgins se le debe el sustantivo y decisivo aporte a la organización de esta expedición internacional –que sería fundamental para la causa patriota de toda Latinoamérica–, la que actuó bajo el mando en jefe del General San Martín, nombrado General de Brigada del Ejército de Chile por el Congreso Nacional.

Don Bernardo fue un hombre adelantado a su tiempo. Concibió la unidad americana bajo ideales republicanos, con un nacionalismo inserto en la cooperación internacional, pero basado en las propias y particulares realidades nacionales de la época. Hay mucho que meditar al respecto, pero lo que es indiscutible en O'Higgins es su concepción geopolítica continental.

Su voluntad y empuje se compenetraron de tal modo con la Expedición Libertadora al Perú que sacrificó a ella su bienestar y popularidad. Gracias a su inagotable insistencia, a mediados de julio de 1819, el Ejército Expedicionario de 4.642 hombres con un 85 % de soldados chilenos, estaba en condiciones de iniciar la campaña.

En Valparaíso, en febrero de 1820, cuando la Fuerza Expedicionaria se embarcó en las naves de la primera Escuadra chilena, O'Higgins expresó su famosa frase: "*De estas cuatro tablas depende la libertad de América*". Así lo entendieron todos. Los expedicionarios que partían eran el porvenir de la causa libertadora.

El estadista comprende que para consolidar la independencia se debía acompañar las acciones militares con medidas de carácter político y, por lo tanto,

inicia gestiones para dotar al país de un poder ejecutivo fuerte, que gobernase Chile con un sentido de orden y que tuviera como metas el desarrollo y el progreso.

También establece como fundamental la existencia de un Ejército y una Armada, capaces de garantizar la soberanía nacional y la preservación del territorio de la república, lo que coadyuvaría a procurar la integración de los habitantes y su sometimiento a la ley nacional.

Dentro de sus planes estuvo el promover una democracia donde no existieran clases ni grupos privilegiados; atraer una importante inmigración extranjera, que contribuyera al desarrollo económico explotando las riquezas existentes y lograr una labor educadora del Estado, la que tendría por misión cambiar favorablemente los hábitos y mentalidad del pueblo. En sus años de gobierno trató de llevar adelante estas ideas con mucha perseverancia.

Así y todo, y sin escapar al sino de los libertadores, él también conoció la ingratitud y el olvido de muchos de sus contemporáneos, que vieron en su gobierno un exceso de autoridad y, al decir de un historiador, una desatención de los asuntos nacionales por su cruzada americanista, que lo absorbió totalmente.

Su gesto de grandeza y falta de ambición por el poder queda reflejado cuando, en enero de 1823, resigna al mando supremo de la nación al ver que su permanencia podría significar divisiones internas que causarían graves males.

Junto a su madre, doña Isabel, su hermana Rosa y su hijo Pedro Demetrio, zarpa al Perú, fijando su residencia en la hacienda de Montalbán, en el valle de Cañete, que la gratitud del pueblo que contribuyó a libertar le concediera en

retribución a sus notables servicios. Al dejar Chile le escribe en estos términos a sus conciudadanos: *“La patria no necesita ya de mis servicios; pero si fuesen requeridos en los peligros que hoy la amagan –ya sospechaba la anarquía– sacrificaré ciegamente mi existencia en las batallas.”*

Excelentísima Señora Presidenta de la República, distinguidas autoridades, Sr. Jefe del Estado Mayor General del Ejército Argentino, señoras y señores:

El Padre de la Patria nos deja una lección de grandeza que perdura a través del tiempo. Sus actos nos brindan enseñanzas que no debemos olvidar. Una de éstas es que los países requieren de esfuerzos individuales que se vayan sumando al esfuerzo colectivo. Así lo comprendió este hombre excepcional, que como ciudadano y como soldado actuó siempre con perseverancia, espíritu de sacrificio, sentido patrio y gran amor por Chile. En esa perspectiva, su ejemplo debe servirnos para ser mejores ciudadanos, entregando al país y a nuestros semejantes todas nuestras capacidades para fortalecer los valores patrios y avanzar hacia un venturoso porvenir.

El Libertador General don Bernardo O’Higgins Riquelme fue esencialmente un hombre de acción. Llevó a cabo decidida y exitosamente lo que las circunstancias le permitieron. Su actuar visionario le faculta para estar considerado entre los grandes libertadores y estadistas del continente iberoamericano. Su legado llega hoy a la profundidad de nuestros corazones, porque palpamos cuál fue su titánica obra y apreciamos en toda su magnitud los grandes esfuerzos por él realizados, sustentados en su fortaleza moral, que le permitió comprender, enfrentar y vencer el peligro, cada vez que Chile y América lo requirió.

Muchas gracias.